EL CAPITÁN HONARIO HARPPLAYER

Harry Harrison

Las manos entrelazadas detrás de la espalda, apretando los dientes con furia impotente, el Capitán Honario Harpplayer medía de arriba abajo el pequeño alcázar del Redundant, navío de guerra de la Armada de Su Majestad. A su vista y paciencia, la abatida flotilla francesa retornaba maltrecha a puerto, en jirones las velas a merced de los vientos, las vergas a remolque por el agua, boquiabiertos los cascos astillados allí donde el fuego de sus cañones hiciera estallar el frágil maderamen.

- Señor Shrub, mande dos brazos a proa, si me hace el favor - dijo - para que le echen agua a la vela mayor. Con las velas mojadas aumentaremos nuestra velocidad en un octavo de nudo, y así quizás podamos aún dar alcance a esas ratas cobardes.

- P-pero, señor - tartamudeó el estúpido primer oficial Shrub, amilanado ante el pensamiento de discrepar con su adorado capitán -. Si continuamos sacando brazos de las bombas, nos hundiremos. Tenemos trece boquetes en diferentes sitios por debajo de la línea de flotación, y...

- ¡Voto a bríos, señor! He impartido una orden, no le he pedido que convoque a un debate. Haga inmediatamente lo que se le ha ordenado.

- Así se hará, señor - musitó Shrub, con humildad, mientras se enjugaba con el dorso de la mano la lágrima que le brotó de un lloroso ojo de sabueso.

El agua restalló al caer sobre las velas, y el Redundant se hundió un poco más. Harpplayer se estrujó las manos entrelazadas y se odió por ese injustificado arranque de ira para con el fiel Shrub. No obstante, debía mantener frente a la tripulación - esa chusma y escoria de mil distritos ribereños - la fachada de una estricta disciplina, así como debía usar corsé para mantener el cuerpo erguido y una trusa para sujetar la hernia. Debía mantener una buena fachada porque él era el capitán de ese barco, la nave más pequeña de la flota de bloqueo que, como el lazo del estrangulador, se cerraba en torno de Europa, cercando al loco tirano Napoleón, cuyos sueños de conquista jamás se extenderían hasta Inglaterra en tanto esas minúsculas embarcaciones de madera siguieran interponiéndose en su camino.

- Rece una oración por nosotros, Capitán, para apresurar nuestra llegada al cielo, ¡pues nos estamos hundiendo! - gritó una voz entre la turba de marineros que se afanaban en las bombas.

- Quiero el nombre de ese hombre, señor Dogleg - le gritó Harpplayer al alférez, un niño de apenas siete u ocho años que comandaba a la cuadrilla -. Se quedará sin ron durante una semana.

- Así se hará, señor - canturreó la voz aguda del señor Dogleg, que estaba aprendiendo a hablar.

Que el barco se hundía era un hecho innegable. Las ratas correteaban por la cubierta, e indiferentes a las blasfemias y puntapiés de los marineros se lanzaban al mar. Delante de ellos, la flota francesa había llegado a puerto y buscado refugio en las baterías ribereñas de Cabo Pietfieux, cuyos cañones apuntaban con sus abiertas fauces al Redundant, listos para escupir fuego y muerte ni bien la frágil embarcación estuviese a tiro.

- Prepárese para soltar las velas, señor Shrub - dijo Harpplayer, y luego levantó la voz para que pudiese oírlo toda la tripulación. - Esos franchutes han huido cobardemente, y nos han hecho perder la recompensa de un millón de libras.

Un hosco gruñido brotó de los tripulantes que, además del ron, amaban las libras, los chelines y peniques que les permitían comprarlo. El gruñido se transformó repentinamente en sofocados aullidos de dolor cuando el palo mayor, debilitado por el fuego disperso de los cañones franceses, se desplomó sobre la cuadrilla de trabajadores.

- No es necesario que suelte las velas, señor Shrub, los esclavos de nuestro amigo Bonifacio ya lo han hecho por nosotros - dijo Harpplayer, obligándose a hacer una de esas bromas infrecuentes en él, que tanto gustaban a la tripulación. Se odió por su hipocresía, por recurrir a esos medios para granjearse las simpatías de aquellos hombres ignorantes, pero tenía el deber de mantener en forma la moral de sus hombres. Además, si se abstenía de las chanzas, lo odiarían por ser el patrón negrero, insensible y oportunista que en realidad era. Ahora mismo lo odiaban, desde luego, pero entre tanto se reían.

Se reían ahora mientras tajeaban la maraña de cordajes y se llevaban los cuerpos a la rastra para depositarlos en ordenadas hileras sobre la cubierta. El buque se hundió en el agua un poco más.

- Terminad de una vez con los cuerpos - les ordeno - y ocupaos de las bombas, si no queréis ir a cenar al fondo del mar.

Lanzando broncas y nerviosas risotadas, los hombres se apresuraron a reanudar las faenas.

Eran fáciles de complacer, y Harpplayer les envidiaba sus vidas simples. No obstante los trabajos pesados, los peligros del agua y los castigos ocasionales, la existencia de

aquellos hombres era mejor que su propia vida atormentada, en el solitario pináculo del poder. Era él quien debía tomar todas las decisiones, y esto, a un hombre le de una naturaleza morbosa y paranoica como la suya, transformaba la vida en un verdadero infierno. Sus oficiales, que lo aborrecían sin excepción, eran incompetentes. Hasta Shrub, el leal y sufrido Shrub, tenía sus fallas: por un lado, un cociente intelectual de alrededor de 60, lo cual, sumado a su origen humilde, significaba que jamás podría ascender más allá del rango de contralmirante.

Mientras recapacitaba sobre los variados sucesos del día, Harpplayer inició su compulsivo ir y venir por el pequeño alcázar, y los demás ocupantes se acurrucaron contra la banda de estribor a fin de no obstaculizarle el camino. Cuatro pasos en una dirección, luego tres y medio de regreso chocando la rodilla con un crujido estremecedor contra la carronada de babor. Pero Harpplayer no sentía los golpes, su cerebro de jugador de naipes barajaba pensamientos, evaluaba y sopesaba planes, rechazando aquellos que contuviesen un mínimo de sentido común y considerando tan solo aquellos que parecían demasiado insensatos para ser practicables. No por nada lo llamaban en toda la flota «La Arpía Chupasavia», y lo temían y respetaban como un hombre siempre capaz de arrancar la victoria de las fauces de la derrota, y siempre al precio de un inmenso número de vidas. Pero la guerra era la guerra. Uno impartía las órdenes y hombres valientes perecían, y para eso estaban en las costas las patrullas de reclutamiento.

Había sido un día largo y agotador, pero Harpplayer no se permitía aún el lujo de descansar. La tensión y una aprensión agónica lo atenazaban, implacables como las garras de Cerbero, desde poco después del amanecer de aquella mañana, cuando el vigía anunciara la presencia de velas en el horizonte. Habían sido sólo diez, diez buques franceses de la línea, y antes de que se disipase la niebla matutina la vengativa forma del Redundant habíase lanzado ya sobre ellos, cual lobo entre las ovejas. Salva tras salva de artillería, los bien ajustados cañones ingleses habían atacado a sangre y fuego, diez granadas por cada una de las que escupían las bocas de los cañones franceses, manejados por la chusma cobarde de las clases octava y novena de 1812, patriarcas barbicanos y niños de pecho que sólo deseaban retornar a sus viñedos familiares en vez de estar allí, peleando por el Tirano, arrostrando las iras de los mortíferos cañones de su isla enemiga, ese pequeño país que, abandonado a sus fuerzas, luchaba a solas contra el poder de todo un continente. Había sido una persecución cruel e implacable, y sólo el refugio seguro de las baterías del puerto francés había impedido la total destrucción de la escuadrilla. Y en verdad, cuatro de sus buques yacían ahora entre los congrios, en el fondo del océano, y los seis restantes necesitarían reparaciones completas antes de estar

nuevamente en condiciones de soltar amarras e ir a enfrentar una vez más el poder justiciero de las naves que sitiaban sus costas.

- Si me hace el favor, señor Shrub, haga preparar las mangueras. Creo que es hora de tomar un baño.

Un clamor sordo brotó de los pechos de los marineros, porque todos ellos sabían lo que les esperaba. En las aguas más glaciales de los mares boreales, en lo más crudo del invierno, Harpplayer insistía en aquella rutina del baño. Las mangueras fueron rápidamente adosadas a las bombas y muy pronto brotaron por la cubierta columnas de agua helada.

- ¡Adentro! - grito Harpplayer, retrocediendo a fin de esquivar cualquier gota ocasional, mientras se rascaba la piel del costado, que no había visto el agua desde el verano anterior. Sonrió ante las payasadas pueriles de Shrub y los otros oficiales que brincaban desnudos en el agua y sólo dio la señal de parar las bombas cuando las blancas pieles de los hombres hubieron adquirido una delicada tonalidad cerúlea.

Desde el horizonte boreal llegó un rumor sordo y prolongado semejante a un trueno lejano pero a la vez más intenso y penetrante. Harpplayer volvió la cabeza para contemplar una estela de fuego que apareció por un largo momento en el oscuro telón de fondo de las nubes y se extinguió en el cielo, dejándole tan solo una imagen en las retinas. Sacudió la cabeza para alejarla, y pestañeó rápidamente unas cuantas veces. Por un instante hubiera podido jurar que el rayo de fuego había bajado en vez de subir, pero eso era manifiestamente imposible. Demasiadas noches jugando al boston hasta altas horas con los oficiales, no era de extrañar que estuviese perdiendo la agudeza visual.

- ¿Qué fue eso, Capitán? - le preguntó el teniente Shrub, con palabras apenas discernibles a causa del castañeteo de los dientes.

- Un cohete de señales, o tal vez uno de esos novedosos cohetes de guerra Congreve. Algo raro pasa por allá, y nosotros vamos a averiguar de qué se trata. Envíe los hombres a las brazas, si me hace el favor, y llene la vela de gavia y déjela en la amura de estribor.

- ¿Puedo antes ponerme los calzoncillos?

- Nada de impertinencias, señor, ¡o irá a parar al calabozo!

Mientras Shrub voceaba las órdenes por la trompeta, los hombres se reían de sus desnudas piernas temblorosas. Sin embargo, pocos segundos bastaron para que los hombres de la adiestrada tripulación, que menos de seis días antes anduvieron de putas y copas en tierra, vestidos de paisanos, sin siquiera soñar que las brigadas de reclutamiento los engancharían para enviarlos al mar, saltaran a las brazas, levantaran las vergas y jarcias destrozadas, taponaran los boquetes perforados por las balas, enterrasen

a los muertos, bebieran el grog y les quedaran aún energías suficientes para que unos pocos improvisaran una alegre danza marinera al son de una gaita. La nave escoró al girar, el agua formó un espuma cremosa bajo la proa y muy pronto estuvo sobre la nueva amura, alejándose de la costa para ir a investigar aquel nuevo suceso, haciendo sentir su presencia como representante de la más poderosa flota de bloqueo que hasta ese entonces conociera el mundo.

- Barco a la vista, señor - anunció el vigía desde el palo mayor -. A dos cuartas de la proa de estribor.

- Repique a cuadras - ordenó Harpplayer.

En medio del persistente redoble del tambor y el golpeteo de los curtidos pies desnudos de los marineros sobre la cubierta, la voz del vigía era apenas audible.

- Sin velas ni mástiles, señor. Poco más o menos el tamaño de nuestra chalupa.

- Cancele la última orden. Y cuando ese vigía termine su guardia, quiero que repita quinientas veces, un bote es algo que se iza y se pone sobre un barco.

Al impulso de la fuerte brisa que soplaba desde la costa, el Redundant no tardó en acercarse a la embarcación hasta una distancia suficiente como para poder observarla desde cubierta.

- Sin mástiles ni vergas ni velas, ¿cómo hará para desplazarse? - inquirió, boquiabierto, el perplejo teniente Shrub.

- Especular por anticipado no tiene sentido, señor Shrub. Esa embarcación puede ser francesa o neutral, y no quiero correr riesgos. Hagamos cargar y preparar los cañones. Y quiero a los oficiales en las pernadas, con las armas a medio amartillar. Y que nadie dispare hasta que yo dé la orden, y al que lo hiciere lo haré cocer y servir para el desayuno.

- ¡Usted es infalible, señor!

- ¿Le parece? ¿Se acuerda del mequetrefe que ayer confundió las órdenes?

- Muy valiente, señor, eso es lo que digo - acotó Shrub, mientras se arrancaba de entre los dientes un trocito de cartílago -. Daré las órdenes, señor.

La extraña embarcación no se parecía a ninguna que Harpplayer hubiese visto jamás. Se desplazaba por las aguas sin nada visible que la impulsara y Harpplayer pensó en hombres ocultos moviendo remos subacuáticos, pero tendrían que ser enanos para caber en la nave. Tenía un puente que la cubría de lado a lado, cerrado por una suerte de techumbre de vidrio, En suma, un extrañísimo artefacto y no francés, por cierto. Los siervos esclavizados por el pulpo de París jamás dominarían las técnicas sutiles necesarias para construir una joya de los mares como era esa. No, debía de provenir de

alguna comarca remota, quizá de allende la China o de las misteriosas islas del Oriente. Había un hombre sentado en la embarcación, que tocó una palanca y desplazó la ventana superior. El hombre se puso de pie y agitó la mano a modo de saludo. Sonidos entrecortados brotaron al unísono de los pechos de los observadores, pues todas las miradas estaban fijas en la extraña aparición.

- ¿Qué significa esto, señor Shrub? - vociferó Harpplayer -. ¿Estamos en una feria de diversiones o en una pantomima navideña? ¡Disciplina, señor!

- P-pero, señor - tartamudeó el fiel Shrub, sin encontrar las palabras -. Ese hombre, señor. ¡es verde!

- No quiero oír ninguna de sus condenadas sandeces, señor - chilló Harpplayer irritado, furioso como siempre lo estaba cuando la gente desvariaba acerca de los «colores» que imaginaba. Paisajes y puestas de sol y esa clase de estupideces. Desatinos. El mundo estaba hecho de saludables matices de gris, y ahí acababa la cosa.

Algún medicastro imbécil de Harley Street le había mencionado una vez una enfermedad imaginaria que llamó «acromatopsia» pero cuando Harpplayer le propuso enviarle sus padrinos desistió de su bufonada.

- Verde, rosa o púrpura, el tono de gris del hombre no me interesa en lo más mínimo Arrojadle una línea y hacedlo venir aquí para que podamos escuchar su historia.

La línea fue arrojada y el extraño, luego de asegurarla a una anilla de su bote, tocó una palanca que volvió a cerrar la cabina de vidrio y trepó ágilmente a la cubierta superior.

- Piel verde. - dijo Shrub, y al instante cerró con fuerza la boca bajo la furibunda mirada de Harpplayer.

- Basta, señor Shrub. Es un extranjero y lo trataremos con todo respeto, al menos hasta que averigüemos a qué clase pertenece. Es un poco peludo, no cabe duda, pero ciertas razas del norte de las Islas Niponas son así: tal vez sea oriundo de esos mares. Le doy la bienvenida, señor - dijo, dirigiéndose al recién llegado -. Yo soy el Capitán Honario Harpplayer, comandante de la nave Redundant de la Armada de Su Majestad.

- ¡Kwl-kkle-wrrl-kl...!

- Francés no es - murmuró Harpplayer entre dientes -, ni griego ni latín, estoy seguro. Tal vez una de esas lenguas bárbaras del Báltico. Probaré con alemán. ¿Ich rate Ihnen, Rsiseschecks mitzunehmen? ¿O un dialecto italiano? E proibito; pero quisivendono cartoline ricordo.

El extraño respondía saltando de un lado a otro como enloquecido, señalando el sol, haciendo movimientos circulares con las manos alrededor de su cabeza, apuntando a las nubes, haciendo ademanes que sugerían caída y gritando con voz chillona:

- im'ku, m'ku

- El hombre es efervescente - dijo el oficial de marina -, y además tiene demasiados dedos.

- Puedo contar hasta siete sin su ayuda - le dijo Shrub con enojo -. Creo que está. tratando de decirnos que va a llover.

- Quizá es un meteorólogo en su tierra - dijo Harpplayer sin comprometerse -, pero aquí no es nada más que un extranjero.

Los oficiales sacudieron la cabeza en prueba de asentimiento y este gesto pareció enardecer todavía más al extraño, quien dio un salto hacia adelante, gritando a voz en cuello en su jeringonza ininteligible. El alerta guardiamarina le asestó un golpe en la nuca con la culata del mosquete, y el hombre peludo cayó de bruces sobre la cubierta.

- Intentó atacarlo a usted, Capitán - dijo el oficial de marina -. ¿Lo pasamos por debajo de la quilla, señor?

- No, pobre hombre, tan lejos de su tierra, a lo mejor está preocupado por algo. Debemos darle tiempo para que supere la barrera idiomática. Léale simplemente los incisos de Guerra y reclútelo para el servicio. Andamos cortos de brazos después de este último encuentro.

- Es usted sumamente indulgente, señor, y un ejemplo para todos nosotros. ¿Qué haremos con la embarcación?

- Yo la examinaré. Quizá funcione según algún principio que pueda interesar a Whitehall. Póngame una escala. Yo mismo bajaré a echarle un vistazo.

Al cabo de algunos tanteos, Harpplayer descubrió la palanca que accionaba la ventanilla de vidrio, y cuando ésta se deslizó hacia un costado se dejó caer un la cabina. Un mullido diván enfrentaba a un tablero cubierto por una extraña colección de manivelas, botones e instrumentos varios, protegidos por tapas de cristal. Era un ejemplo perfecto de la decadencia de Occidente, un exceso de decoración y ornamentación cuando un panel de buen roble inglés hubiera bastado para el caso, y una simple barra que girase sobre un eje para llevar las órdenes a los esclavos-remeros. O quizá hubiese un animal oculto detrás del panel: al torcer una palanca se oyó un rugido grave. Debía de ser, sin duda, el mecanismo que transmitía al esclavo - o animal - de la galera la orden de iniciar su trabajo, pues ahora la pequeña embarcación surcaba las aguas a gran velocidad. La espuma que levantaba salpicaba la cabina, y Harpplayer cerró la tapa, medida muy oportuna. Otro botón debió de accionar un timón secreto, pues de pronto la embarcación hundió la proa y se sumergió hasta quedar totalmente cubierta por el agua.

Afortunadamente, era de construcción sólida y no hacía agua, y otro botón la hizo subir una vez más a la superficie.

Fue entonces cuando a Harpplayer se le ocurrió la idea. Quedó inmóvil, como petrificado, mientras sus pensamientos giraban, veloces, considerando las probabilidades. Sí, podía tener éxito... ¡debía tener éxito! Se golpeó la palma con el puño cerrado, y en ese momento se dio cuenta de que la embarcación había girado mientras él meditaba y estaba ahora a punto de abalanzarse sobre el Redundant, en cuya batayola se alineaban rostros de ojos aterrorizados. Mediante una hábil maniobra Harpplayer dio al animal (o esclavo) la orden de detenerse, de modo que cuando ambas embarcaciones se rozaron solo sufrieron una ligera sacudida.

- Señor Shrub - llamó.

- ¿Señor?

- Quiero un martillo, seis clavos, seis barriles de pólvora, cada uno de ellos provisto de una mecha de dos minutos y una lazo de cuerda y una linterna sorda.

- Pero señor... ¿para qué? - Por una vez el apabullado Shrub se olvidó lo bastante de sí mismo como para cuestionar a su capitán.

Pero el plan había enardecido tanto a Harpplayer que no tomó a mal esta súbita familiaridad de su subalterno. En verdad, hasta esbozó una sonrisa, que la penumbra le ayudó a disimular.

El condestable y sus asistentes pronto concluyeron los preparativos, y los barriles que fueron bajados por una eslinga llenaron por completo la pequeña cabina, a tal punto que a Harpplayer apenas si le quedó sitio para sentarse. Lo que no quedó fue lugar para el martillo, y tuvo que sujetarlo entre los dientes.

- Zeor Zrub - farfulló a través del, martillo, presa de una depresión súbita al comprender que dentro de pocos minutos estaría enfrentando con sus frágiles huesos las hordas del usurpador que blandía el látigo sobre todo un continente de esclavos oprimidos. Retrocedía ante su propia temeridad de enfrentar así al Tirano de Europa, y lo amilanaba además el asco que le producía su propia fragilidad. Los hombres jamás sabrían que había abrigado tales pensamientos, que era el más pusilánime de todos ellos.

- Zeor Zrub - volvió a gritar, y la voz no delató sus sentimientos - Si no regreso al amanecer, queda usted al mando de este buques y redactará un informe completo. Adiós. En triplicado, no lo olvide.

- Oh, señor... - empezó a decir Shrub, pero sus palabras dejaron de oírse cuando la tapa de vidrio se cerró de golpe y la diminuta embarcación se lanzó a sol, contra el poderío de todo un continente.

Más tarde Harpplayer se reiría de aquella primera flaqueza. A decir verdad, la escapada fue tan simple como un paseo por Fleet Street en una mañana de domingo.

La extraña barquichuela se hundió bajo la superficie y se deslizó hasta mas allá de las fortificaciones de Cabo Pietfieux, que los marineros ingleses llamaban Cabo Pit fix, hasta las custodiadas aguas de Cienfique. Ningún centinela reparó en la ligera ondulación de las aguas de la bahía, y ningún ojo humano divisó la forma vaga que afloró junto al alto muro de madera que era el caso del buque francés de la línea. Dos fuertes martillazos aseguraron el primer barril de pólvora y una llamarada fugaz partió de la linterna sorda en el momento en que la mecha se encendía. Antes que los perplejos centinelas de la cubierta de arriba tuviesen tiempo de acercarse a la batayola, ya el misterioso visitante había desaparecido, y ni siquiera alcanzaron a ver la crepitante mecha delatora que, oculta tras el barril de la muerte, se consumía lentamente. Cinco veces consecutivas repitió Harpplayer esta operación simple pero mortífera, y entonces, en el momento en que hundía el último clavo, hubo en el muelle una ahogada explosión, y a sus espaldas seis buques, orgullo de la escuadra del Tirano, se elevaron en columnas de llamas hasta que sólo quedaron los cascos carbonizados, deslizándose hacia el fondo del océano.

Una vez pasadas las fortificaciones de la costa, el capitán Harpplayer abrió el tejado de vidrio y volvió la cabeza con satisfacción para contemplar las embarcaciones en llamas. Había cumplido con su deber, y aportado su grano de arena para la conclusión de aquella guerra que había devastado a todo un continente y que en el curso de unos pocos años aniquilaría tal vez a tantos de los mejores ciudadanos franceses que la estatura de la raza gala se vería reducida en un promedio de algo más de diez centímetros. Cuando se extinguió la última pira, sintió el escozor del remordimiento pues, aunque propiedad del Loco de París, habían sido espléndidos navíos, y viró la proa de la nave en dirección al Redundant.

Amanecía ya cuando llegó su barco, vencido por el cansancio. Se asió a la escala que habían dejado para él y trepó penosamente hasta la cubierta. Zumbaron los tambores y los grumetes lo aclamaron: trinaron las gaitas de los contramaestres.

- Magnífico, señor, oh, magnífico - exclamó Shrub, mientras se precipitaba a tenderle la mano -. Desde aquí los vimos arder.

A espaldas de ellos, en el mar, se oyó un ruidoso burbujeo, como cuando el agua sale de la bañera al quitarse el tapón, y Harpplayer volvió la cabeza justo a tiempo para ver que la extraña embarcación se hundía en el mar y desaparecía de la vista.

- Maldito imbécil - se reprochó entre dientes -. Me olvidé de cerrar la escotilla. Ha de haberse llenado de agua y por eso se hundió.

Sus cavilaciones fueron repentinamente interrumpidas por un brusco alarido. Volvió la cabeza en el momento preciso en que el extraño peludo corría hasta la barandilla y miraba, horrorizado, cómo su embarcación desaparecía bajo las aguas. Entonces el hombre, visiblemente desesperado, lanzó un grito espeluznante y se arrancó de la cabeza grandes mechones de pelo, tarea relativamente fácil dado que lo tenía en abundancia. Y entonces, sin que nadie pudiese detenerlo, se encaramó sobre la barandilla y se lanzó de cabeza al mar. Se hundió como una piedra y, o bien no sabía o no quiso nadar; parecía extrañamente apegado a su navío, pues no volvió a subir a la superficie.

- Pobre desdichado - dijo Harpplayer con el tono compasivo de un hombre sensible, estar tan solo y tan lejos de su tierra. Quizá sea más feliz en la muerte.

- Sí, quizá - farfulló el estólido Shrub -, pero tenía condiciones para ser un excelente gaviero, señor. Podía encaramarse y corretear por las vergas, podía mantenerse fantásticamente bien en equilibrio, con esas uñas largas que tenía en los pies y que hundía directamente en la madera. Y tenía otro dedo en el talón que lo ayudaba a afirmarse.

- Le rogaría que no discuta las deformidades de los muertos. Lo haremos figurar en el informe como «hombre al agua». ¿Cómo se llamaba?

- No nos lo dijo, señor, pero lo anotamos en los registros como Green.

- Muy apropiado. Aunque extranjero de origen, se sentiría orgulloso de saber que murió llevando un buen nombre inglés.

Despidiendo secamente al fiel y estúpido Shrub, Harpplayer reanudó sus idas y venidas por el alcázar, abrumado por aquella secreta agonía que era solo suya y lo seguiría siendo hasta que los cañones del Ogro Corso fuesen clavados para siempre.

FIN

Escaneado por Sadrac